

Barcelona Agosto 76

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Hldefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador núm. 24 y 26.
1876.

Cuaderno 7.

L47
1728

DE LAS PERSERUCIONES

SUTRIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA EPOCA ACTUAL

CON UN EXAMEN DETALLADO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTAN, DE LAS PRINCIPALES ERRORES QUE SE COMETEN EN EL CRISTIANISMO HA HECHO
Y BIEN; LA BIOGRAFIA DE LOS TIERNOS Y PERSECUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSECUIDOS Y MARTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRAN
LOS RECIBOS CONTRAS DEL ORCULO HECHO CONTRA LA FIEDAD DIVINA DESDE EL CALEVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUINIENTOS,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo Maria Vilarrasa y D. José Hidelonso Galià

EL REMORDIMIENTO
CON MAGNIFICAS LAMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



IMPRENTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIBERA

1876

Cuaderno 7.

brada estaba el alma de Aquel á quien el mismo JESÚS aludia diciendo: «á Él le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros.»

Al pié de la letra iba cumpliéndose esta otra palabra: «conducido será á la muerte como va la oveja al matadero; y guardará silencio sin abrir siquiera la boca delante de sus verdugos. Como el corderito que está mudo delante del que lo esquila.»

En la pendiente del Calvario se presentó á JESUCRISTO un grupo de piadosas mujeres, deramando copiosas lágrimas á causa de los atropellos de que era blanco el que tantas veces las



EL BESO DE JUDAS.

habia consolado en sus desventuras é ilustrado y fortalecido en sus perplejidades. Simbólica agrupacion de las almas que en el decurso de los venideros siglos habian de llorar el deicidio que entonces iba á consumarse.

Aquella protesta piadosa salida de la fe y del cariño de los sencillos corazones que se agruparon ante la venerable figura de JESUCRISTO perseguido, fue seguida de la agrupacion de sus verdugos, que congregados en la cumbre del Calvario, que iba á ser la mas célebre colina de

la tierra, era, mas bien que la representacion de los perversos instintos de los agrupados, el simbolismo de todas las iniquidades del pasado y del porvenir.

Todos los enemigos de JESUCRISTO se hallaban representados en aquel grupo de instigadores del crimen y de perpetradores del sacrilegio; allí estaban representados los vicios y las iniquidades cometidas y venideras desde el paraíso á Josafat; todos clamaban contra CRISTO, todos empujaban al CRISTO, todos le derribaban, todos se aprestaban á crucificarle, todos emulaban en deseos de arrancar su vida y despedazar su corazon. Las iniquidades históricas estaban allí para vengarse de la justicia y de la verdad, cuya personificacion veian en CRISTO, y que les habia contrariado en el desarrollo de sus planes; las iniquidades venideras estaban allí para vengarse anticipadamente del anatema y de la oposicion que de parte de CRISTO habian de sufrir. Unas y otras iniquidades exclamaban: «Esta es nuestra hora.» Y en efecto, aquella era la tremenda hora de la confusion y de las tinieblas. Los malvados y los sacrilegos de todas las épocas, desde Cain á Poncio Pilatos, desde Poncio Pilatos al Antecristo estaban en espíritu en la cumbre del Calvario para oprimirle y ejercer, aunque transitoriamente, la infernal soberanía contra Él.

Aquellos gigantes antediluvianos, nacidos de la impía alianza de los hijos de Dios con los hijos de los hombres; generacion pervertida que el Verbo condenó á perecer en el diluvio universal, estaban en el Calvario en aquella hora; miraban á JESUCRISTO y exclamaban: «Este es el Noé que reprendió nuestros excesos y sobrevivió á nuestras maldades; venguémonos de Él;» y le empujaron para derribarle sobre la Cruz.

Sesostris, Ramses, Pheron, los faraones perseguidores del pueblo santo estaban en el Calvario, y ante JESUCRISTO á su cumbre llegado: «Este es, exclamaron, el Moisés que burló nuestros designios y libertó á los israelitas nuestros esclavos, venguémonos de Él.» Y recordando frenéticos su historia, «levantaos, dijeron, habitantes de Memfis arruinada, y de Tufnis envuelta en llamas, y de Pelasio la acuchillada; jóvenes de Heliópolis y de Bubasto, resucitad, reunios aquí; ahí está el que suscitó contra vosotros al persa y al griego; aquí está el que derribó al ímpetu de su espíritu vuestros magníficos templos de Vulcano y de Serapis; si Ezequiel y Abacuc auguraron vuestra desgracia fue porque Este, que ha caido en nuestras manos, les inspiró sus amenazas realizadas; venid, arruinemos al que causó nuestra ruina.» Egipto idólatrico estaba allí, y agregaba el vigor de su empuje al de los otros inícuos para derribar á JESUCRISTO.

Al lado de Egipto se encontró la Fenicia: Tiro y Sidon estaban allí para vengarse del gran Justo, que castigó las desviaciones del camino del bien de aquellas espléndidas ciudades, donde se hallaban reflejadas las grandezas de la nacion á que pertenecian. Tiro decia: Este es el que envió al profeta que clamó: «Tiro desaparecerá, viniendo á ser semejante al caos.» Este es el que suscitó contra mí á Nabucodonosor primero, y despues á Alejandro, que me precipitaron de la montaña de gloria en la que brillaba como el querubin de las ciudades á la oscuridad del mísero villorio; Sidon indignada contra el CRISTO de Ezequiel y de Zacarías, haciendo coro con Tiro, su compañera de prostitucion: «Hé ahí, decia, que de reina del mar que era me hizo Este esclava de los persas.» Y ambas decian: «Levantémonos contra el que convirtió en inmensa hoguera nuestros monumentos, nuestros palacios y nuestras casas.»

La Asiria tambien compareció. Babilonia, la que vendia en mercado público á sus hijos; Nínive, la ciudad de las orgías impúdicas y sangrientas, recuerdan que el que va á ser ajusticiado es el Mesías vaticinado por Daniel, profeta que turbó la expansion y el regocijo de sus impúdicos festines con el tremendo vaticinio de su perdicion ineludible. «Este es, dijeron, el que hizo anunciarnos por Nahum: que, semejante á un torrente desbordado, caeria sobre nuestro país, region del crimen, y le desolaria, y arruinaría á sus habitantes. Este el que eclipsó nuestra gloria y amargó nuestros placeres; este el que convirtió en soledad tétrica la ciudad mas populosa de Asiria: esta es nuestra hora, exclamaban, exijamos al Redentor de

Israel estricta cuenta de nuestras desgracias. Quede hoy sepultado el causante de nuestros males bajo la inmensa mole de nuestros despojos, decían Babilonia y Ninive.»

La Persia vino asimismo al Calvario, recordando que uno de los profetas de CRISTO había turbado el gozo de sus conquistas anunciándole la venganza del Altísimo por medio de la espada de Alejandro. La ruina de Persépolis, la ciudad más bella que el antiguo sol alumbró, decía, fue decretada por Este. Los vencedores de Babilonia y de Menfis vinieron á exigir al Mesías judáico la responsabilidad de sus derrotas posteriores. «Xerxes, el adorador del gran Dios, el excelente Darío, celestial gérmen de la raza de genios; Ormuzd, el rey de los reyes de Iran y de Aniran (1),» los que dominaron el mar y la tierra de Oriente, desde los espléndidos alcázares de Persépolis vinieron á interrogar á CRISTO sobre las ruinas de su grandeza, y á decirle: «Aquí estamos para aumentar con el cúmulo de los destrozos de nuestro imperio la inmensa pesadumbre de tu Cruz.»

Tras la nación persa compareció la Grecia. Ella había recibido una misión importante respecto á la civilización del antiguo mundo y en parte la cumplió; empero infiel á la luz intelectual que el Señor le concedió por medio de sus legisladores y de sus sábios, no quiso prescindir de adorar las falsas divinidades, ni se resignó á amoldar su conducta con la severidad moral que le predicaron algunos de sus rígidos filósofos. El orgullo la hizo tiránica, y la ambición infundió al orgullo el espíritu de impremeditada conquista. Grecia fue la más injusta de las naciones, precisamente porque fue la más ilustrada. Sus estensos conocimientos aumentaron su responsabilidad. Idólatra, á pesar de conocer la solidez y la lógica del monoteísmo, invasora, no obstante de comprender las ventajas morales del respeto á los derechos de las nacionalidades ajenas, la Grecia fue la más pecadora porque fue la más inteligente. Ella conocía la elevada dignidad de que el hombre se halla revestido por la Providencia, y sin embargo, puede decirse que fue la cuna horrenda de la esclavitud. Alardeaba sentimientos nobles y humanitarios mientras tenía bajo la coyunda de la esclavitud feroz á trescientos cincuenta mil ciudadanos en el Atica, á cuatrocientos sesenta mil en Corinto y en la Arcadia á más de trescientos mil. Opresora de la humanidad, idolátrica respecto á la divinidad, Grecia tenía dos grandes motivos de temer al Mesías que venía á establecer la unidad del culto divino y la dignidad de la persona humana. Los sábios de aquella nación, que veían en el Evangelio del Redentor una doctrina cuya sublimidad y grandeza iba á eclipsar la gloria de sus escuelas, sintieron lleno el pecho de enconosa envidia contra el que también era objeto de la envidia judáica. La Grecia, pues, clamó con la Judea, en la cumbre del Calvario: *Muera Jesús*.

Allí estaba Roma; no sin providencial lógica fue Poncio Pilato representante del imperio romano, el que firmó el decreto de crucifixión; no sin significación tremenda el nombre y los derechos del César romano fueron invocados en el proceso formado durante el alboroto trascendental de Jerusalén. Roma era la que más debía temer de la gloria de Jesús, porque en el gran juicio de las naciones, su conciencia había de aparecer la más negra y la más inicua.

Todos los vicios antiguos tuvieron en Roma un trono en el que se engrandecieron y fueron glorificados; «las conquistas hicieron germinar en el seno de aquel pueblo vicios nuevos (2).» Cada conquista, dice el autor del libro *La Ciudad de Dios*, cada conquista engendró allá un vicio. La ruina de Cartago encendió la concupiscencia, los triunfos asiáticos consumaron la corrupción; los despojos del África por Marius, y de los templos de la Grecia por Sylla, abren en el pueblo romano un apetito insaciable de oro; corrompida y avara Roma pasó á ser la ciudad venal por excelencia, mereciendo esta frase de Jugurtha, que será eterno baldón escrito en la historia de aquel pueblo: «ciudad venal, que se vendería gustosa si le saliera un comprador.» Sus pasiones, que eran las más bajas, fueron por Roma divinizadas; los ídolos de todos los países y de todos los siglos tuvieron en Roma su templo; el único Dios que no tuvo

(1) Expresiones ó calificativos de un gran historiador.

(2) Le Roy, *Filosofía católica*.

altar fue el Dios de los cielos; empero al lado del templo, suprema adoracion de todos los sueños y de todas las maldades humanas, al lado del templo de todos los desvarios, levantó Roma un monumento, que se nos permitirá califiquemos de monumento colosal de la expiacion humana. El anfiteatro era el inmenso círculo en donde Roma sacrificaba al hombre, despues de haber obligado al hombre á postrarse ante la divinizacion de los vicios horrendos.

El espíritu de Roma, heredera de todos los crímenes sociales y de todos los errores religiosos, vino á cernerse sobre el gran Justo en la cumbre del Calvario, y á vigorizar el odio infundido, en la atmósfera de aquellos dias, contra la mision del Redentor.

Allí estaba, pues, Roma con el espíritu de los césares y de los cónsules; Atenas con el espíritu de los filósofos y moralistas pervertidos de la Grecia; Babilonia con el espíritu de los altares y de los sacrilegios; Tiro y Sidon con el espíritu del injusto mercantilismo de la Fenicia; Menfis y Tebas con el espíritu del satánico orgullo egipciaco; Jerusalem y Samaria con el espíritu de la obcecacion sin rival y de la ingratitud incomprensible de Israel; el espíritu de rebeldía á la ley mosaica, el espíritu de sensualidad de los gigantes antediluvianos estaba tambien allí, en el Calvario, en aquella hora que era la hora suprema, la hora crítica de las edades.

Todos estos crímenes eran representados por el grupo de verdugos que se aprestaban á crucificar á JESÚS; las eminencias sociales, que habian realizado en el decurso de la historia las grandes iniquidades, reprendidas por la ley y por los profetas del Verbo, estaban en espíritu allí para hacer «beber del torrente de la tribulacion» al destinado «á ejercer su juicio en medio de las naciones, á consumir su ruina, á llenarlo todo de estragos y á estrellar contra el suelo las testas de muchísimos (1).»

David, que habia anunciado esto de CRISTO, escribió luego: «por eso levantará su cabeza.» Pues bien, allí estuvieron los arruinados por sus desacatos á la verdad, los humillados por sus desatenciones á la justicia, los estrellados contra el suelo á causa de sus iniquidades para impedir que el que representaba y era la verdad y la justicia divinas levantará la cabeza. Todos cogieron el martillo sacrilego, y dieron el primer golpe al clavo que debió oradar y sujetar la mano del que venia á romper las cadenas de la abyeccion humana; todos dieron el segundo golpe sobre la otra mano; todos golpearon los clavos que debian sujetar los adorables piés del Señor; todos prorumpieron en lúbricas sátiras é irónicas aclamaciones al ver levantado en cruz al que habia de levantar la cabeza sobre el mundo para juzgarle, y todos, al oír la expresion de misericordia con que el Redentor perdonó á tantos ultrajes, pusieron el sello á sus locuras insensatas burlándose con desden de aquella generosa amnistia.

JESUCRISTO crucificado se vió perseguido por el universo criminal; á sus plantas solo veia á su Madre transida de dolor, y al discípulo, que en alas de su cariño voló al Calvario, del que se hallaban ausentes sus compañeros de apostolado.

La justicia se veia, pues, desolada en medio de su persecucion, de modo que este cruel desamparo de JESUCRISTO en la Cruz constituyó para Él la parte mas sensible de la persecucion que sufría.

XVI.

Desamparo de JESUCRISTO en la hora suprema de la persecucion.

Mientras las iniquidades de todos los siglos pasados y venideros estaban representados en el grupo de numerosos verdugos de JESUCRISTO, que coronaba la cumbre del Calvario en la hora de la crucifixion ¿dónde estaban los escogidos? ¿dónde los representantes de la causa de JESUCRISTO? Hemos visto que una porcion de hijas de Jerusalem salieron al paso del divino Redentor, mientras este se dirigia al suplicio. Ellas eran la representacion de las almas y

(1) David, 119.

y de las naciones que, inspirándose en el corazón mansísimo de JESUCRISTO, habían de perpetuar, con la memoria de aquel ultraje y de aquella muerte, la obra divina, que había de recibir de la sangre que se derramaba el principal elemento de fuerza y de resistencia. Mujeres eran las que lloraban, y por lo tanto eran la parte del género humano que el mundo califica de débil y de insignificante. Puede haber, y en efecto hay en el carácter de las que lloraron la pasión algo y mucho de simbólico; simbolizaron aquellas mujeres la debilidad y la insignificancia material de las iglesias, que habían de formar causa común con JESUCRISTO, y por consiguiente, el admirable carácter del triunfo moral del Cristianismo que ellas, pobres mujeres, representaban.

Empero ¿dónde estaban los fuertes? ¿dónde aquellos que el Redentor había llamado para ser sus cooperadores? ¿dónde aquellos á quienes había ostentado su gloria en el Tabor y había alimentado con su carne en el senado? ¿dónde los ciegos cuyos ojos había alumbrado el sol de su poderosa palabra, los paralíticos á quienes había comunicado movimiento el calor de sus labios, los muertos que había resucitado? ¿dónde aquellas turbas que querían proclamarle Rey? ¡estaban ausentes!!!

En el Calvario reinaba la soledad.

El miedo, el espanto había alejado á los mas adictos, el temor había quebrado los lazos de la fidelidad cordial. Los que habían de conquistar al mundo, á pesar del hierro, de la hoguera y de las fieras huían á la noticia de que el Maestro iba á ser ajusticiado. Si JESUCRISTO no hubiera sido Dios, y por lo tanto no hubiera reunido en sí la sabiduría de todas las cosas, al verse solo en el Calvario, abandonado por los suyos, cuando pendiente de la Cruz, no se librara de la desesperación. Una maldición sobre la esterilidad del mundo fuera la última palabra que arrojara desde aquella penosa altura, anatema que hubiera envuelto la confesión de la inutilidad é ineficacia de sus sacrificios.

Mas JESUCRISTO sabía que aquel desamparo había de ser su mas intensa glorificación.

Su persecución no podía tener lenitivo, y su lucha con el mundo había de ser tan excepcional que á nadie se ocultase al leer la historia evangélica que Él solo había combatido contra el universo.

Quiso, sin embargo, acentuar toda la amargura producida por su situación elevando á su Eterno Padre esta dulcísima queja: «¿Por qué me habeis desamparado?»

Porque, en efecto, á la defección de sus hijos en la tierra correspondía el aparente abandono de su Padre en el cielo. El cielo no le defendía mientras la tierra entera le perseguía, y aunque sabía JESUCRISTO que todo era para que se cumpliera lo decretado en la eternidad y lo escrito en los tiempos proféticos, como Él mismo lo dijo á sus adictos en el huerto, quiso no obstante que quedara así consignado para que al ser reproducido varias veces en la historia de la Iglesia, hija del Calvario, la situación en que su Fundador se encontraba, no entrara el desaliento en los fieles discípulos; y también para que esta expresión de dolor, que arrancó del Mesías el abandono en que se hallaba, advirtiera á los débiles fieles que en lo sucesivo habían de abandonar á la atribulada Iglesia toda la negrura y enormidad de su indolente proceder.

Así JESUCRISTO sufrió anticipadamente, en aquel fatal abandono, el dolor que con el tiempo habían de causar á la Iglesia los cismas, las herejías y la indiferencia, triple causa de la defección lamentable y del consecuente abandono de la verdad, á cuya defensa habían sido llamados por las almas débiles y vacilantes de todas edades.

Tal abandono JESUCRISTO lo sentía en su última hora, y tan profunda pena causaba en su delicadísimo corazón, que esta amargura le hacía como olvidar los agudos dolores causados por los tormentos inauditos dados á su preciosa carne. Es que la defección y la frialdad de los escogidos son el pábulo de los enemigos y dan eficacia á los planes de los perseguidores. Siempre y donde quiera que los adictos se han agrupado junto á la Cruz, y que enarbolando los trofeos de la pasión han dicho á los enemigos: «conducidnos al Calvario,» el poder de los ad-

versarios se ha disipado como el humo, de modo que para ellos el Calvario no fue sino el paso para el Tabor. Empero donde el miedo ó el respeto humano entibiando la decision, hija de la fe, ahuyentaron á los escogidos y les hicieron vacilar ante el sacrificio, allí JESUCRISTO abandonado no ve alrededor de la Iglesia, su obra predilecta, nada mas que los inícuos que la insultan, los necios que la apostrofan, los hipócritas que la ridiculizan, y los verdugos que la atropellan. Libre queda el campo á los perseguidores, y el alma conturbada de los perseguidos repite esta expresion profundamente aflictiva: «estamos abandonados.»

La defeccion y la indiferencia de las generaciones venideras pesaban, pues, con inmensa pesadumbre sobre el corazon de JESUCRISTO crucificado, como las iniquidades de las generaciones anteriores fueron representadas en la agrupacion de los verdugos en el Calvario. De los dolores que estos le causaron JESUCRISTO no se quejó; la ingratitud de las almas que sintieron las dulzuras y la munificencia de su misericordia le fue mas amarga. Esta fue la persecucion que arrancó su última queja.

Despues de este suspiro de dolor y de amor, JESUCRISTO declaró que todo se habia cumplido ya.

Y entregó en manos de su Padre el espíritu que acababa de vivificar el mundo.

XVII.

JESUCRISTO crucificado entre dos ladrones.—Persecucion de la infamia.

Refiere el texto sagrado que juntamente con JESUCRISTO fueron crucificados dos ladrones. A todos los atropellos de que fue blanco la Víctima adorable añadióse el de la infamia, traspasando con este hecho la animadversion judáica todo lo que hasta del furor mas desenvuelto era concebible. JESUCRISTO habia venido á honrar la humanidad entera uniéndose á nuestra naturaleza, y por lo tanto, elevándola con la íntima union á la divinidad; y sin embargo, Él se veia deshonrado por el hombre hasta confundirle con los malhechores. Nunca profeta alguno de los que Jerusalem habia apedreado se vió sujeto á ludibrio semejante. Sacrificados habian sido muchos enviados y *videntes*; no obstante, el pueblo, por mas que obcecado y cruel, cuidaba que se entendiera obrar á impulsos del encono encendido por las reprensiones, calificadas de demasiado severas, por las preocupaciones doctrinales, —de tales calificaban los atropellantes de los justos—de los perseguidos, ó por la oposicion que dirigian en nombre de Dios á algun proyecto por las pasiones dictado y sostenido; es decir, alegábase por causa una cuestion religiosa, sin que nunca sufriera menoscabo el honor de aquellos antiguos mártires. Reservábase para JESUCRISTO, honor vivo de los cielos, la recta aplicacion de las palabras para Él escritas: «fuí reputado como otro de los inícuos.» La inmensa mansedumbre del Redentor se sujetó á esta ruda persecucion, bien que hizo confesar públicamente su inocencia por uno de los malhechores á su lado crucificados. Grandes prenuncios entrañó este hecho. Aquella no era solamente una infamia que personalmente recibia JESUCRISTO, era el prenuncio, el simbolo, si se quiere, de la persecucion que la infamia habia de dirigir contra la Iglesia, hija del Calvario. Ni uno de los improprios por JESUCRISTO sufridos dejó de ser contra su hija empleado en el decurso de los siglos. ¿Lo hubiera sido el de la infamia? no; no le habia de faltar á la Iglesia la gloria de haber saboreado esta amargura. Precisamente esta ha sido la persecucion que con mas insistencia, furor y talento se le ha dirigido.

Apenas los Apóstoles, recibido el Espíritu Santo, empezaron á predicar la doctrina que el divino Maestro les habia enseñado, que para desvirtuar el celo y la integridad de su evangelización empezaron á levantar calumnias nefandas contra el carácter de la mision á que obedecian. Los judíos acusaron de embriaguez á Pedro cuando oyeron que predicaba la verdad de CRISTO crucificado. El primer núcleo de fieles á la Iglesia, que estaba llamada á posesio-

narse de todos los corazones santos que en el porvenir aparecieran, fue calificada de «secta despreciable.» La Sinagoga procuró atribuir espíritu y tendencias de inmoralidad á la sociedad cristiana para perseguirla con mas desembarazo, y sobre todo para desautorizarla con mejor éxito.

El imperio romano quiso sacudir de su seno las primicias de la comunión apostólica, y sin tomarse la pena de examinar los fundamentos de la doctrina y de la ley que los cristianos enseñaban y practicaban los entregó á la execración pública. No fue un proceso el que se formuló contra el nuevo culto, fue una serie de viles calumnias y de horrendas infamias; á los cristianos se atribuían, no solo los crímenes mas repugnantes, los robos, los sacrilegios, los infanticidios, los homicidios repetidos sino hasta las guerras y las calamidades públicas; «si el Tiber se desborda, escribía Tertuliano en su *Apologético*, si el Nilo no se derrama, si el firmamento se cierra ó se conmueve la tierra, si hay escasez y hambre y combates, se grita: *los cristianos á los leones*.

Y si los cristianos intentan salir á la vindicación de su causa, á la defensa de la verdad, á obtener justicia en las sentencias, se les veda este derecho que á todo otro se reconoce. Solo se quiere de ellos digan lo que para hacerles odiosos al público es necesario, esto es, que confiesen su nombre, no que se examine su crimen (1).» ¿Sois cristianos? luego criminales. Así discurrían los gentiles romanos contra los adoradores de JESUCRISTO.

No podían encontrarles crimen alguno; si les hubiesen examinado hubieran debido contestar á sus acusadores lo que Pilatos al pueblo que pedia la muerte de JESUCRISTO: «no encuentro en Él causa de muerte.» Mas como querían condenarles se resistían á escucharles, y sin permitirles la defensa del honor *les crucificaban entre los ladrones*.

Y aun si no queriéndolo brillaba la justicia y la inocencia de los acusados cerraban los ojos los que empuñaban la vara del gobierno, y para satisfacer la sed de sangre del pueblo desenfrenado decretaban su sacrificio en odio á la Religión. Rigiendo una provincia Plinio II fueron condenados muchos cristianos, entre ellos algunos de distinguida posición: sorprendido por el extraordinario número de ellos consultó al emperador Trajano sobre lo que haría teniendo en cuenta que, prescindiendo de la obstinación de los acusados á sacrificar á los dioses, nada encontraba en ellos de criminal. Trajano contestó á Plinio: «no debe investigarse esto, conviene castigarlos.» Crueldad incalificable que hizo prorumpir á Tertuliano en esta severa y oportuna exclamación: *si damnas, cur non et inquiris? si non inquiris, cur non et absolvas?* ¡Ah! si hubiese investigado Trajano hubiera debido absolver, no quería absolver, quería condenar, por esto no investigó! no investigó para poder con menos remordimiento, ó á lo menos con no tanta repugnancia, *crucificarlos*, ó sacrificarlos *entre ladrones*.

Desde entonces la táctica del espíritu del mal ha sido desacreditar al Cristianismo, infamarlo por medio de la falsificación de sus intenciones y la desfiguración de sus doctrinas. Esta táctica sobrevivió al estado de opresión oficial de la cristiandad. Las leyes de Constantino no dieron fin á la astucia de los perversos; los sacudimientos sociales, las desgracias públicas han sido con frecuencia atribuidas á la Iglesia, á quien sus adversarios presentan coaligada con los enemigos de la paz pública.

Después de diez y nueve siglos de trabajar la Iglesia para establecer el reinado del amor y de la justicia, un inmenso grupo de apasionados racionalistas se glorían de ser representados por un genio funesto, que, entre otros despropósitos, consignó en un libro, que puede calificarse del evangelio del mal, esta enorme injuria echada sobre la dignidad del Cristianismo: «¿El Cristianismo posee una moral? contesto entristecido, como el presidente de la Convención pronunciando el veredicto de culpabilidad contra Luis XVI, no; el Cristianismo no tiene moral, no puede tenerla... y puesto que después de diez y ocho siglos de existencia la Iglesia cristiana se encuentra en el mismo caso en que se encontró la Iglesia politeísta des-

(1) Sed christianis solis nihil permittitur loqui, quod causam purget, quod veritatem defendat, quod iudicet non faciat injustitiam. Sed illud solum expectatur quod odio publico necessarium est, confessio nominis non examinatio criminis... (Tertuliano, loc., II).

pues de dos mil años de existencia, la cual, falta de moral, pereció, perecerá también la Iglesia cristiana (1).»

No le bastaba á Proudhon haber negado la existencia de la moral en el Cristianismo, era preciso presentar al Cristianismo con todos los caracteres de una perversa criminalidad, para poder confundirle con los malhechores; esto lo intentó, y todavía mas, lo atentó en la siguiente blasfemia: «Julio César habia inaugurado la era del regicidio; Jesús hizo del regicidio un dogma; sobre ambos recae la responsabilidad moral de los asesinatos (2).»

De esta manera, si Proudhon y el grupo representado por sus desvaríos y locuras no toma á los representantes de la idea y del espíritu de la Iglesia y no los guillotina al lado de los Orsini, Alibaud, Darmés y Pianori, los confunde, no obstante, con ellos en la responsabilidad del crimen, y todavía les proclama merecedores de mayor castigo, porque estos ejecutaron con el puñal ó con las bombas lo que aquellos inspiraron, segun Proudhon, «por la imposición de los principios y la infusión del espíritu regicida.»

Véase, pues, cómo á tanta distancia del Calvario todavía la Iglesia es crucificada por la infamia y confundidos entre ladrones y homicidas su grey y sus sacerdotes.

XVIII.

Persecuciones simbolizadas por la corona de espinas.

Sabido es que otro de los tormentos que dieron al Redentor sus inícuos perseguidores fue coronar sus preciosas sienas con un círculo de agudós abrojos. El fervor de la cristiandad ha tomado la corona de espinas, que ensangrentó la frente mas sagrada, como á uno de los gloriosos trofeos de la victoria de JESUCRISTO, convirtiendo la figura de aquel instrumento, empleado con infernal malicia para torturar al Santo de los santos, en sagrado objeto de veneración católica. No ha habido en rectitud, ni haberla puede, por cuanto han durado, y por lo que pueden durar los siglos, corona tan glorificada como aquella. Ni la de Salomón y la de Alejandro en los tiempos antiguos, ni la de Constantino y Carlo Magno en los posteriores han sido objeto de veneración y culto como la de JESUCRISTO, á pesar de ser esta de abrojos y de ser aquellas de oro y pedrería confeccionadas. ¡Dichosas espinas, sobre las que han caído y seguirán cayendo como suave rocío y lluvia benéfica las lágrimas que ante ellas exprime de los corazones creyentes la ternura filial! ¡Cuánto se ha llorado y cuánto se llorará sobre aquella sagrada corona! Y este lloro es un verdadero riego que fecundiza las almas. ¡Bendito el zarzal que las produjo, porque en verdad no han visto crecer los campos cultivados olivo mas fecundo que lo que él ha sido! *Lycina spinosum* (3) ó *nabka* (4) afortunado, cualquiera que fueses, arbusto ó árbol que proporcionaste aquellos abrojos, ¡bendito para siempre seas! ¡tú fuiste la privilegiada planta que, estéril en especie, has dado por fruto santos innumerables! Un rey grande como san Luis rescató de los griegos la corona de espinas y recibéndola descalzo la presentó á un pueblo innumerable caído de rodillas al verla; bendito porque á ver tus espinas convida á las almas virginales la santa Iglesia, dictando á su lira estas poéticas expresiones:

Exite, Sion filiæ,
Regis pudicæ virgines
Christi coronam cernite
Quam mater ipsa texuit.

(1) Proudhon, *De la justicia*.

(2) *Ibid.*

(3) Chateaubriand cree que de aquel arbusto se sacaron las espinas de la corona del Salvador.

(4) Hasselquist cree que fueron cogidos del *nabka* de los árabes.

Bendito porque el genio de la inspiracion cristiana, que es el de las divinas inspiraciones, envia entre cantos á tus espinas este saludo expresivo:

Christi dolorum conscia
Salve, corona gloriæ
Gemmis et auro pulchrior
Vincens coronas siderum.

Esta corona de dolor, que fue manantial de tanta gloria para JESUCRISTO, va á ser objeto de una série de consideraciones relacionadas con el presente tratado. No nos ocuparemos de los místicos sentimientos de que ella es fuente; agradable tarea, que abandonamos con pesar al piadoso ascetismo. La filosofía del simbolismo cristiano nos ofrece otra faz de estudios. Aquella corona fue un tormento, aquel tormento fue, no solo la expresion de una persecucion real, sino una realidad simbólica de persecucion.

¿Qué persecucion vino á simbolizar la corona de espinas clavada en la augusta cabeza del Redentor?

Hé ahí lo que venimos á estudiar.

De aquella cabeza sagrada salió la doctrina evangélica, luz de las escuelas cristianas, resplandor de todas las almas dóciles; y así, el instrumento que mas directamente la afectó é hirió, fue el símbolo de la persecucion de la doctrina por la divina inteligencia dictada.

La corona de espinas simbolizó, pues, la persecucion doctrinal á JESUCRISTO.

La doctrina de JESUCRISTO, blanco de las persecuciones de la Sinagoga en sus dias, y á la que han combatido las escuelas disidentes y adversarias del Cristianismo en el decurso de los siglos, puede considerarse relacionada con dos grandes cuestiones: la de la divinidad y la de la humanidad. La nocion de Dios y la nocion del hombre se habian del todo ofuscado y pervertido á la accion perseverante de los errores y de las pasiones gentílicas. JESUCRISTO vino á restaurar la verdad doctrinal respecto á la divinidad y la doctrina recta y justa respecto á la humanidad.

Recordemos las bases de esta doble restauracion doctrinal, realizada por el Evangelio, y en su vista comprenderemos la clase de adversarios que el Cristianismo ha visto levantarse contra sus principios.

La enseñanza de JESUCRISTO sobre la divinidad la encontramos especialmente en el Evangelio de san Juan; las cuestiones humanas se hallan mas expreso tratadas por los demás evangelistas.

Es imposible expresar de una manera mas sencilla y mas sublime toda la doctrina de la divinidad de lo que lo hace JESUCRISTO, por órgano del águila de Patmos, en la primera página de su libro evangélico. Platon y los mas profundos pensadores de la antigüedad, vieron eclipsado su genio con el resplandor de este destello de la sabiduría divina: «En el principio era el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios... en Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.» La unidad divina y la trinidad de personas tienen una expresion admirable en estas líneas, que han motivado innumerables escritos teológicos. Dios principio, el Verbo estando en el principio, la vida y la luz estando en el Verbo, hé ahí la fecunda teoría de la divinidad que ninguna escuela habia concebido, ni podia concebir. Esto no lo habia dicho, ni podia decirlo por vez primera, sino el que tuviera en sí la vida y la luz de la divinidad misma; el que despues de algunas predicaciones y de algunos milagros, con que apoyó la autoridad de su magisterio, pudo preguntar á sus discipulos, diciendo: «¿Cómo no creéis que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí? Creedlo á lo menos por las obras que yo hago.»

Acostumbrados nosotros felizmente á profesar los principios de la elevada doctrina referente á la divinidad enseñada por el período de diez y nueve siglos, no podemos comprender

la impresion que debia producir en las inteligencias de los que estaban envueltos en las tinieblas la popularizacion de estas sublimes teorías. Verdad es que Israel las profesaba, y á su modo las enseñaba, empero el divino acento del Evangelio Israel no lo poseía, y sus trascendentales dogmas pasaban casi del todo desapercibidos, particularmente desde que la corrupcion de las costumbres desacreditaba el valor de las enseñanzas judáicas. La voz de JESUCRISTO salida del pecho mas puro, resonó clarísima sobre las escuelas, y los pensadores se encontraron con una doctrina que les era del todo nueva en lo que relacion dice con la unidad de Dios y la trinidad de sus personas.

Los que creen que Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron y Séneca estaban á la altura de la ciencia y de la moral evangélicas, y que á no haber aparecido Jesús el Evangelio hubiera sido confeccionado por la filosofía, tómense la pena de recordar cuáles eran las teorías que sobre la divinidad profesaban las escuelas en los últimos tiempos de la república romana, ó sea en el período inmediato á la aparicion del Mesías.

Abramos un libro autorizado en la materia: el de la *Naturaleza de los dioses*, por Ciceron. «Una de las mas difíciles y oscuras cuestiones, dice, que con frecuencia la filosofía ha suscitado sin jamás resolverla, es la de la naturaleza de los dioses. Son tantas, tan diversas y contradictorias las opiniones emitidas por los sábios sobre esta materia que, en vista de ello, nos creemos autorizados á pensar que la ignorancia es la base, y la incertidumbre el fondo de toda filosofía. En concepto de Thales, Dios es una inteligencia unida al agua como á un cuerpo que facilita su accion; Anaximenes establece que Dios es el aire; cree Pitágoras que la divinidad es un alma inmensa mezclada á toda naturaleza corpórea; Anaximandro piensa que los dioses nacen y mueren, mientras otros defienden que son inmortales; Demócrito, al paso que sostiene que ellos están sujetos á variaciones y á cambios, les elimina del mundo borrando hasta sus huellas; pretende Anaxágoras que la divinidad es un espíritu infinito sin cuerpo; Xenófanes afirma que es lo infinito unido á una inteligencia; para Parmenides es el árbitro del universo; Crotoniato le ve en todos los astros y en el alma de los hombres; Xenócrates solo lo descubre en los astros; Heráclito declara que Dios es el mundo; Empedocles lo reconoce en los cuatro elementos; en los signos del zodiaco y en el cielo lo ve Teofrasto; Zenon, primero lo contempla en todos los seres creados, despues no lo halla en ninguna parte y concluye por negar su existencia. De esta manera el Dios, que la filosofía dice que es fácil encontrar y definir por medio de la razon, y cuya nocion se pretende que cada cual lleva en el fondo del alma, queda desconocido, ignoramos dónde reside y quién es (1).»

Tan distantes estaban los filósofos y las escuelas dominantes al aparecer JESUCRISTO de encontrar por medio de la razon «el Verbo siendo en el principio, el Verbo estando en Dios, el Verbo siendo Dios, y la vida y la luz estando en el Verbo.»

Sin embargo, esta doctrina no podia complacer á la humanidad, interesada en elevar sobre el altar de sus adoraciones un Dios de conveniencia, un Dios sin poder y sin majestad, un Dios impersonal, á cuya presencia quedaran impunes las mas negras acciones.

Contra la fija, la clara, la elevada doctrina de JESUCRISTO se levantaron, pues, los ateos, los politeistas, los panteistas, los idólatras, los deistas y todos los que no deseaban ver claro en la capital cuestion de la divinidad.

Los ateos, que niegan el principio, el Verbo y la vida que del Verbo y del principio procede, son los que han clavado con sus agudas negaciones una espina doctrinal en la frente de JESUCRISTO.

Los politeistas, enemigos de la unidad divina, con la que es imposible la adoracion de los pasiones y de los crímenes de la humanidad; idólatras que sancionaban y sancionan con el celestial nombre de virtud los absurdos mas repugnantes y los mas asquerosos vicios, clavaron otra espina doctrinal en la frente venerable de CRISTO.

Los panteistas, que negaban, y los que todavía continúan negando, la virtud creadora de

(1) Ciceron, *De la naturaleza de los dioses*, lib. I.

la divinidad, y que pretenden que la vida no procede del Padre, que el Verbo no fue el que crió el mundo, sino que el mundo, el universo creado es en sí mismo y por sí mismo poder que se manifiesta, Verbo manifestado, luz y vida ilimitada; los que creen que los seres no son sino la expresion de una misma é idéntica sustancia, las diversas fases de la unidad divina, que tiene esparcida su esencia en la variedad creada; los que niegan á Dios para deificar el universo, clavaron y clavan otra espina doctrinal en la frente del que se ha dicho: Verbo del Padre, y principio del Espíritu de vida y de luz.

Los deistas, que, concediendo á la divinidad todas las grandezas concebibles, la relegan á la altura de los cielos, y niegan bajo diversos pretextos su intervencion en los destinos y en la marcha de la humanidad; los que, por consiguiente, contradicen esta palabra de JESUCRISTO á su Padre: «Glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á tí, pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano; para que dé la vida eterna á todos los que le has señalado... Conozca el mundo que tú me has enviado... (1)» Los que para sustraerse al imperio de las leyes niegan á Dios el carácter de legislador, estos clavaron su espina á la doctrinal corona del Evangelio.

Todos los errores que han sido defendidos desde los gnósticos á los proudhonianos contra los dogmas del Cristianismo tienen su representacion en las espinas de la sacra corona.

Todos los siglos entretejieron con su cadena de errores la diadema de amargas sufridas por el Redentor en los momentos supremos del gran sacrificio. Clavaron los siglos á la doctrina cristiana tantas espinas cuantas habian de ser las herejías. El presentimiento de los ultrajes que sufriria la verdad de parte de las escuelas indóciles y rebeldes, era dolor mas agudo por JESUCRISTO sentido que el de los materiales abrojos que agujereaban su sien sagrada. Las espinas que atormentaban su carne simbolizaban el profundo tormento de su espíritu al considerar que contra la enseñanza dada por su cabeza divina de espinas coronada se levantarían en el siglo I Cerinto y Ebion, Menandro é Himeneo; que en el siglo II Basilides Alejandrino negaria la realidad de la crucifixion que Él sufria, los gnósticos desconocerian la esencia divina de su persona y la santa pureza de su moral, los milenarios atribuirian un carácter sensual al reino evangélico, los sethianos negarian en CRISTO la encarnacion del Verbo, no reconociendo en Él otra cosa que una trasmigracion del alma de Seth; que el siglo III suscitaria á Praxeas, negador de la existencia del Verbo; á Sabelio y Noëtus, negadores de la realidad de las tres personas; á Manes, fundador del semillero de sectas anticristianas que constituyen el maniqueismo; que en el siglo IV se levantarían contra los dogmas fundamentales del Evangelio el arrianismo, el apolinarismo, el priscilianismo, y que Joviano se atreveria á negar la virginidad de su Madre, siempre intacta y pura; que Pelagio, Nestorio y Eutiques vendrian á rasgar todavía mas la túnica inconsútil de la buena doctrina en el siglo V; que en el siglo VI la secta de los corruptibles osaria insultar la memoria de su sagrada carne, creyéndola sujeta á la corrupcion, al paso que la de los incorruptibles ó fantasmasianos negarian en CRISTO la capacidad de sufrir, ¡incapaz de sufrir lo reputarian á Él que tan incomparables tormentos estaba sufriendo! que en el mismo siglo los monotheitas y tritheitas aumentarían con sus sistemas respectivos la confusion religiosa de las doctrinas; que en el siglo VII los armenianos y los staurolatros multiplicarian los errores, negando aquellos que el Espíritu procediera del Verbo, y renovarían estos, con añadidura de extravagancias, la herejía arriana; que en el siglo VIII los iconoclastas pretenderían ofuscar la gloria de los escogidos y santos, y los paulocianos resucitarían los errores de Valente y Manes; que Claudio de Turia y Focio turbarían en el siglo IX la paz de las creencias; que en el siglo X una secta rebajaria á la categoría de ente corporal la esencia misma de Dios; que Heriberto, Cerulario y Roscelino esparcirían nuevos gérmenes de herejía en el siglo XI; que en el siglo XII toda una pléyade de ingenios malévolos se levantaria contra la verdad pura, entre ellos Pedro de Bruys, Abelardo, Tanquelino, Arnaldo de Breschia, los valdenses y los albigenses; que Amaury negaria la tran-

(1) San Juan, xvii.

substanciación eucarística en el siglo XIII; que Herman y Barlaam atacarían con especial furor en el siglo XIV, el uno la moral cristiana, el otro la esencia divina, apoyando el primero el sensualismo, el segundo el racionalismo; que Wiclef, Hus, Jerónimo de Praga y Riffvik suscitarían en el siglo XV errores en otras épocas combatidos y de nuevo con variadas formas presentados; atribulaba la venerable cabeza de JESUCRISTO, más que las espinas que físicamente la adolorían, el pensamiento de que en el siglo XVI el error se levantaría á oleadas contra la verdad, y que, como huracán desencadenado, azotarían á la nueva Iglesia Lutero, Carlostadio, Zuinglio, Melancton, Bucero, Janel, Calvino, Servet, atacando todos con igual ímpetu dogmas fundamentales y verdades inconcusas; que Castalion y los quintinistas sostendrían que en todas las religiones podía el hombre igualmente salvarse; los anabaptistas, los ubiquitarios, los antitrinitarios levantarían otras tantas banderas de insurrección contra la unidad religiosa; que en el siglo XVII nuevos protervos atacarían los dogmas de la predestinación y de la gracia, y que los fanáticos iluminados pretenderían haber obtenido con Dios una unión de la que eran indignos; que el jansenismo vendría á derramar más densas tinieblas sobre el campo oscurecido de la fe genuina; que en el siglo XVIII el Evangelio sería combatido en nombre de la razón, y la razón sería más exaltada que la Cruz, en la que estaba derramando su sangre preciosa; que en aquel siglo un genio literario, animado de infernal orgullo, recogería en su alma las sátiras y las ironías de todos los siglos y las amontonaría como pila de escoria sobre el nombre del Redentor y sobre la Iglesia cristiana. Voltaire y los enciclopedistas del siglo XVIII, siglo del filosofismo contra la fe, añadieron nuevas y numerosas espinas en la cabeza sagrada del Redentor, á cuya imaginación soberana estarían también mortificando su alma, que ya estaba tristísima hasta la muerte, los errores numerosos levantados en el siglo XIX en nombre de la libertad y de la civilización contra Él, que de toda civilización vino á ser centro, y vida de aquella santa emancipación, en virtud de la cual el hombre, siervo de las pasiones, venía á ser señor de su conciencia; afligíale pensar que después de haberse llevado cautiva la cautividad sería tratado como el opresor del género humano, y como á nube oscurantista después de haber sido el sol de las inteligencias y el inextinguible lucero de los amantes de la sabiduría. Los errores, los absurdos, las escuelas indignas, que no conocemos, pero que sin duda anublarán el firmamento de otros siglos, estuvieron ya en el Calvario atormentando el pensamiento soberano de su nobilísima frente.

Verdad es que era bálsamo que aquellas morales heridas cicatrizaba la idea de los grandes hombres que sostendrían, inspirados por el Evangelio, la exacta idea de la divinidad, al frente de tantos errores y despropósitos; empero aquella era la hora del dolor y del sacrificio, la hora de la amargura, del penar y de morir.

Otro género de espinas atormentaba la excelsa inteligencia de CRISTO. El que había definido á Dios y sentado las bases de la celestial teología, había dado á los hombres el código de la verdadera fraternidad, y establecido el reino de Dios sobre ellos, que en el fondo es reino de justicia.

Y sin embargo, la idea de la naturaleza individual y social del hombre en el Evangelio consignada sabía el Redentor que sería desvirtuada completamente por los sistemas anticristianos; que el hombre, coronado por Dios de honor y de gloria, quería de nuevo endiosarse como Adán en el paraíso, abriéndose á sus plantas de nuevo el abismo de la antigua esclavitud; con pena consideraba JESÚS que sobre las ruinas de la idolatría se levantarían nuevos ídolos, á los que serían consagradas nuevas y sacrílegas adoraciones; consideraba que renunciando en muchas partes y en muchos tiempos el hombre redimido, que es como si dijéramos el hombre restaurado, á los beneficios de la emancipación cristiana, otra vez se paganizaria, y rompiendo las relaciones entre su espíritu y el espíritu de Dios, que Él había reanudado á costa de mil sacrificios, caería en aquella degradación nefanda que hizo un día exclamar al Criador: «Me arrepiento de haber hecho al hombre.» Y todo esto le afligía, le conturbaba, encendía en su corazón una hoguera inmensa de ardor, que secando sus labios, por los cuales

había ya fluido toda la doctrina evangélica, le obligaba á demostrar al mundo y al Padre que se hallaba devorado por una sed insaciable de ver comprendidas y practicadas sus doctrinas salvadoras del género humano.



LA PERSECUCION EN EL GÓLGOTA.

Tanta fue la importancia simbólica de la corona de espinas que ciñó las sienes de Jesús en el período acerbo de su pasión; representó las persecuciones doctrinales que debería sufrir

el Evangelio dictado por su inteligencia divina. Fue el tormento de aquella cabeza trono glorioso de la inmensa sabiduría cristiana.

XIX.

Persecuciones simbolizadas en la lanzada con que fue abierto el costado de JESUCRISTO.

En el grupo de trofeos que recuerdan los tormentos que hubo de sufrir el Redentor, descátase uno que á va ser objeto especial de nuestras consideraciones: la Iglesia lo guarda escrupulosamente en la basílica Vaticana, y el ascetismo piadoso le dirige de continuo puras y entusiastas alabanzas: hablamos de la aguda lanza con que un soldado de los que en el Calvario presenciaron la crucifixion abrió el divino costado del Redentor, despues que hubo este entregado su vivificante espíritu en manos del Eterno Padre.

Nadie desconoce que de la misma manera que la cabeza es considerada como trono de la inteligencia del hombre, es tenido el corazon como el santuario de los sentimientos; y así la lanza simboliza la persecucion de los sentimientos de JESUCRISTO y de su Iglesia como la corona de espinas simboliza la persecucion doctrinal contra el Evangelio sostenida.

Veamos qué sentimientos fueron heridos por aquella célebre lanzada, y antes de ello consideremos un momento la magnificencia del corazon que les servia de templo.

Oportuno es consignar que la Redencion humana fue dictada y realizada especialmente y sobre todo por los sentimientos divinos: es obra de la verdad, empero de la verdad empujada por el amor; así la persona á la que la teología católica atribuye la primera accion en la obra redentora fue el Espíritu Santo, que, como es sabido, es el amor divino en persona. Por virtud del Espíritu Santo, es decir, de la persona del amor, el Verbo, que es la verdad divina en persona, se encerró en las entrañas de María; encarnarse fue obtener la union de la naturaleza y de la vida humana, y lo mas exquisito de la carne es sin duda el corazon.

El corazon de Jesús, que la lanza hirió, fue unido sustancialmente al alma y á la divinidad del Verbo; «es á la vez que el corazon de la carne de Jesús el corazon moral del que aquel fue símbolo; corazon de carne, el mas perfecto que jamás haya salido de las manos de de Dios, convertido en el corazon mismo de Dios por su union sustancial con la personalidad del Hijo; corazon moral, abismo de grandeza y de anonadamiento, de riqueza y de caridad (1).»

Permítasenos discurrir algunos momentos sobre la importancia y la influencia del corazon en la economía de la vida. Nos inspiraremos para ello, y en honra tenemos el confesarlo, en los elevados conceptos del Ilmo. Pavy, una de las lumbreras del episcopado católico del siglo presente. En el hombre el corazon lo es todo, la vida tiene en él su centro; la sangre que circula ó hierve en sus venas parte del corazon en mil direcciones como los riachuelos que se originan en el mismo manantial; late el corazon al formarse la vida y su primer latido revela á la madre la formacion de un nuevo hijo, y si el primer latido del corazon atestigua la vida que orienta, el latido último advierte que la vida ha llegado á su ocaso. Y si es inmensa la importancia material del corazon ¿qué diremos de la trascendencia del corazon moral? el corazon moral es el resúmen de la vida humana.

El entendimiento dictó al hombre conceptos elevados, palabras de exactitud indisputable; empero la palabra inspirada, el discurso conmovedor, esta fuerza que cautiva atrayendo, que subyuga agradando, la elocuencia, cuando es verdadera, sube siempre del corazon. El entendimiento dicta, solo el corazon inspira, y de la inspiracion son fruto las expansiones fecun-

(1) Myr. Pavy, Discurso de la consagracion de su diócesis al sagrado Corazon.

das del genio, los pensamientos grandes del talento, las acciones generosas del héroe, las emociones vivas y tiernas de la vida.

Alábase al hombre por su entendimiento despejado, ámasele por el corazón exquisito; la fortuna deslumbra, el carácter sojuzga, la belleza fascina, una sola cosa atrae y adhiere, esta cosa es el corazón. Sin la sinceridad del corazón son de ningún valor las promesas reiteradas, las afecciones atestiguadas, los arrepentimientos expresados. No hay desprecio comparable al que se da á uno diciéndole: le falta buen corazón; mas decidle al hombre: «habeis un corazón recto» y ya poco importa le negueis otras cualidades.

Los títulos de nobleza no se escriben en pergamino, sino en este pedazo de carne y en este reflejo de vida que se llama corazón. Vivir ¿es algo mas que amar? y si la vida es amor, el corazón es el centro, el depósito, el foco de la vida.

El corazón es también todo el cristiano; el Padre, que está en los cielos, es el Dios de su corazón. Amarás á Dios de todo tu corazón: así está formulado el primero y el fundamental precepto del Cristianismo; no sobre piedra sino sobre los corazones está grabada la ley evangélica, dice el Apóstol; del corazón salen, dice san Mateo, los pensamientos buenos y los malos, las buenas y las malas acciones; cuando el Señor llama á una alma es para hablarla al corazón; en el corazón reside, por consiguiente, el regulador de la vida cristiana; la voz de la gracia desde el cielo proferida tiene eco en el corazón.

Y como el hombre y el cristiano están caracterizados por el corazón, así en Dios el corazón es todo Dios. «No os admire, dice el Ilmo. Pavy, cuyo es este concepto, no os admire la palabra que acabo de soltar, por mas que parezca original. Por lo mismo que Dios es el sér y la vida, Él no existe ni vive sino por el corazón, todo es en Él amor, ó mejor, segun expresion del Apóstol, Él es el mismo amor. Desde la eternidad engendra el Hijo por el amor, y el Espíritu que procede del uno y del otro es el amor sustancial del Hijo y del Padre. ¿qué es la Trinidad? un mismo corazón, un mismo pensamiento, una misma voluntad, un mismo amor en tres personas, un triple amor en una sola sustancia. Y siendo todo corazón la esencia divina, sus obras no podian menos de venir marcadas del sello del amor, que es el distintivo de su providencia; así por amor creó al hombre, y si redimió al hombre, enviándole á su Hijo único, es porque hasta á tal extremo amó al mundo. Cuando bendice y recompensa la tierra Dios ama; ama también cuando castiga; el cielo es obra del amor justo y fiel á sus promesas como el infierno es la obra del amor ultrajado.

«Y si el hombre y Dios son todo amor, si el corazón lo es todo en el hombre y en Dios, ¿cómo JESUCRISTO, el Dios-Hombre no seria todo amor y cómo el corazón no lo seria todo en JESUCRISTO? Verbo del Altísimo, tomó carne mortal por amor á su Padre, cuya gloria rehabilitó, por amor al hombre, cuya caída vino á reparar; su corazón es un foco inmenso en el que se alimenta la doble llama de la pura dilección, que se consume por Dios, y de la tierna caridad, que se hace *anatema por sus hermanos*.

«Escuchémosle: Padre, dice, yo he venido á cumplir tu voluntad.—Yo soy el buen pastor.—Vosotros sois mis amigos.—Venid á mí los que esteis fatigados y cargados, yo os aliviaré.—Aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón.—No os dejaré huérfanos.

«Hemos recogido sus palabras, recordemos sus obras; ¡cómo se rodea de los hijos del pueblo! ¡cómo ama á los pobres y á los pequeños, que por regla general, no son de nadie queridos! ¡qué tierna acogida dispensa á toda debilidad que le implora! ¡cuánta indulgencia concede á los pecadores! ¡con qué asiduidad corre tras la oveja extraviada! ¡qué íntimo abrazo concede al pródigo que á su casa regresa! ¡cómo perdona á la mujer adúltera! ¡cuán en alta voz otorga gracia á la pecadora de sus inmensas faltas porque ha amado mucho! Amigo fiel, llama sobre la tumba de Lázaro; amigo asequible, permite que en la última cena, un discípulo predilecto se recline en su corazón, y esto en el instante mismo en que su amor, tras pasando todo lo que es capaz de soñar la imaginación de una criatura, instituye el sacramento de su presencia perpétua hasta al fin de los siglos. Y para colmo, para que todo sea

consumado en la Cruz, para que este oráculo de un Dios moribundo se cumpliera en su plenitud, una lanza deicida vino á partir su corazón; aquella lanzada fue el final de la suprema misión de su unidad.»

Sí, aquella lanzada cruel fue la corona del sacrificio de JESUCRISTO; el hierro que partió el corazón atentó contra la vida de los sentimientos de los que el Redentor había dado continuos y elocuentísimos testimonios.

Aquella lanzada hirió la sede de la admirable generosidad con que JESUCRISTO alimentaba con el pan, confeccionado por su misericordia, á las turbas que oían su palabra; hirió el sentimiento de paternidad en virtud del que les recordaba que todos eran hijos del padre, que á Él enviaba; hirió el sentimiento de fraternidad expresado en estas palabras: «un nuevo mandamiento os doy yo: que os améis unos á otros del modo que os he amado á vosotros;» hirió el sentimiento de concordia formulado en esta expresión: «Habeis oído que fue dicho: Amarás á tu prójimo, tendrás odio á tus enemigos: yo os digo: amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, quien hace nacer su sol sobre buenos y malos y llover sobre justos y pecadores;» hirió el sentimiento de paz que le había dictado estas palabras: «Bienaventurados los mansos, bienaventurados los pacíficos;» hirió el sentimiento de humildad que hizo brillar en esta amonestación: «En verdad os digo que si no os volveis y haceis semejantes á los niños no entrareis en el reino de los cielos;» hirió el sentimiento de beneficencia mútua revelado en este concepto: «Al que te pide, dale y no tuerzas el rostro al que pretende de tí algun préstamo;» hirió el sentimiento de integridad que le había hecho decir: «Ninguno puede servir á dos señores;» hirió el sentimiento de confianza expresado así: «No os acongojeis por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, ó de dónde sacareis vestidos para cubrir vuestro cuerpo... Mirad las aves del cielo como no siembran, ni siegan, ni tienen graneros y vuestro Padre celestial los alimenta;» hirió el sentimiento de tolerancia envuelto en este concepto: «No queráis juzgar para no ser juzgados... ¿con qué cara te pones á mirar la mota en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que está dentro del tuyo;» hirió el sentimiento de sinceridad que aconseja y manda en estas expresiones: «No todo aquel que me dice: ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos;» hirió el sentimiento de magnanimidad revelado así: «Nada temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma... si bien cuando os hicieran comparecer no es de cuidado el cómo ó lo que habeis de hablar, porque os será dado en aquella misma hora lo que hayais de decir;» hirió el sentimiento de modestia vivo en esta expresión: «Muchos que eran los primeros en este mundo serán los últimos, y muchos que eran los últimos serán los primeros;» hirió el sentimiento de abnegación entrañado en esta pregunta dirigida á los hijos del Zebedeo: «¿Podeis beber el cáliz que yo tengo que beber?» hirió el doble sentimiento de respeto y sumisión revelado en esta sentencia: «Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es Dios;» hirió el sentimiento de laboriosidad que le hizo decir al siervo bueno: «Muy bien, ya que has sido fiel en lo poco yo te confiaré lo mucho;» hirió el sentimiento de fe y de piedad por el que elevaba de continuo el corazón de los suyos hasta unirlos á la eterna verdad y hacerles prorumpir siempre en himnos de gloria al hacedor de todo lo bueno y al inspirador de todo bien. Todos estos y otros sentimientos que tenían su santuario augusto en el corazón de JESUCRISTO fueron heridos por la punta aguda del deicida hierro; toda la moral cristiana en aquellos sentimientos basados sufrió una persecución real y simbólica en la lanzada tremenda.

Partido el corazón de CRISTO hubiera quedado rajado el fundamento del nuevo orden social si aquel corazón alanceado no hubiese tenido que resucitar y si no hubiesen sido inmortales los sentimientos que se trataba de herir.

Si se hubieran extinguido con la herida aquellos inextinguibles sentimientos, ahogáranse allí mismo los gérmenes de la regeneración humana, y faltó el mundo de semillas no

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño mas de folio, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.— Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.— En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.— Van publicadas 68 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.— Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.— A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.— Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.— LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodriguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.— La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.